

## Bruckner: La Novena

Las últimas tres sinfonías de Anton Bruckner forman un tríptico en el cual cada una de ellas representa un camino diferente a explorar y desarrollar. La Séptima plantea la búsqueda de un ideal, como una mano que busca alcanzar lo que está fuera de su alcance. La Octava es la lucha heroica del hombre, tanto trágica como afirmativa. La Novena plantea el conflicto heroico a nivel cósmico. Las primeras dos se desarrollan a nivel humano, lo que ofrece la posibilidad de un triunfo. En la Séptima, el éxtasis nos acerca a lo que de otra manera no podríamos acceder. En la Octava, la conquista de integridad interna nos permite lograr la fuerza de convicción para encarar la vida afirmativamente. Ambos logros se fundamentan en la ética heroica, o sea, la ética del hombre libre. En la Novena, esta misma ética nos llevará a un desenlace muy distinto.

¿Qué puede hacer un hombre frente a un Cosmos tan inmenso como implacable? Eso depende de la calidad del hombre. Un hombre común buscará proyectar su propia ética a ese Cosmos, creando sus propios dioses. Una vez creados esos dioses a su imagen y semejanza, se asegurará de poder negociar, o transar con ellos. Ese hombre común podrá pedirles vida eterna, el paraíso, o quizás un número determinado de vírgenes para disfrutar en el más allá. Con esto podemos estar tranquilos, o por lo menos tan tranquilos como nos permita el evitar las dudas de Hamlet.

El hombre libre sabe que esta negociación es inútil. Sabe que sólo puede entregar su vida sin pedir nada a cambio. Eso sí, entregará una vida íntegra y noble. Una vida sorprendentemente cercana a lo elemental e implacable del Cosmos. Una vida de la que sólo él es dueño y que sólo él puede entregar.

Se dice que Bruckner era un ignorante campesino y que era un hombre católico. La Novena, una vez más, choca con ambas premisas. Bruckner sí era un hombre sencillo, quizás hasta elemental. Pero era también un sabio. Y su sabiduría se alimentaba de esta sencillez para darnos una visión del Cosmos sin arabescos y sin “filosofía”. Su Cosmos es a la vez terrible y amable, salvaje y bello, destructivo y grandiosamente creativo. Así mismo, aunque Bruckner se considere católico, es difícil reconciliar esa postura con una visión del Cosmos en donde no parece haber redención, sólo acción y entropía.

Igual que su gran guía Beethoven, Bruckner no se dio cuenta de que su Sinfonía Cósmica tenía que terminar con el tercer movimiento, el Adagio. Afortunadamente, y a diferencia de Beethoven, Bruckner no sólo no terminó el cuarto movimiento, sino que el final del Adagio está compuesto de una manera que permite terminar ahí, sin que la obra se sienta “inconclusa”. Este no es el caso de la “Inconclusa” de Schubert o de la Novena de Beethoven si sólo se tocaran los tres primeros movimientos. Si uno escucha las “reconstrucciones” que se han hecho del cuarto movimiento de la Novena de Bruckner, es evidente la sensación de que hay algo forzado en el ejercicio. Quizás uno está demasiado acostumbrado a lo completo de los tres movimientos terminados sin sentir la necesidad de algo más. Pero la verdad es que un movimiento triunfante no tiene sentido después de este Adagio. Veamos, paso a paso, cómo llegamos a esta terrible y maravillosa conclusión.

En su tríptico sinfónico final, los primeros movimientos se construyen en base a tres temas, en lugar de los dos temas de la sinfonía clásica. La dialéctica planteada por dos temas en la sinfonía tradicional es tan natural como la evolución darwiniana. Se plantea un conflicto dramático que es el fundamento de la llamada “Forma Sonata”. ¿Qué función tiene, entonces, el tercer tema en éstos primeros movimientos? En la Séptima y Octava el conflicto se desarrolla a nivel humano. El primer tema es un tema noble y heroico que presenta el camino a explorar en la obra. El segundo tema, consistente con la tradición sinfónica es lírico, contrastando con el carácter fuerte y heroico del primero. Es interesante que en ambos casos el tercer tema es impersonal, inhumano, implacable, telúrico y salvaje, con características cósmicas. Teniendo un carácter diferente, no participa del desarrollo del movimiento. Aparece siempre con gran impacto, pero como si estuviera “entre paréntesis”.

En la Novena es el primer tema el que tiene esta característica cósmica, cambiando completamente el balance típico. El segundo tema sigue siendo humano y lírico, mientras el tercer tema, a pesar de un ritmo que podría ser telúrico, se comporta como un héroe: humano, noble y decidido. Pero ahora el tema cósmico, colocado como tema principal, no puede ser relegado a un paréntesis. Es inútil un conflicto con un tema implacable. Y Bruckner no intenta un desarrollo clásico tampoco. En este movimiento las secciones tradicionales de “Desarrollo” y “Recapitulación” suceden a la vez. El primer tema se desarrolla exhaustivamente antes de que reaparezcan el segundo y tercer tema. Y en la coda, el primer tema se lleva todo por delante, recordando la última sección de la coda del primer movimiento de la Novena de Beethoven. Es evidente, incluso en la tonalidad de Re Menor, que la Novena de Bruckner es hermana de la correspondiente sinfonía de Beethoven.

Ni siquiera la fuerza imparable con la que termina el primer movimiento nos prepara para la fuerza salvaje del Scherzo. Ningún scherzo, hasta este momento en la historia, había tenido el salvajismo titánico de éste. Bruckner demuestra, mejor que nunca, que los demonios están al servicio de aquél que no les tiene miedo. Tradicionalmente, Bruckner contrastaba sus Scherzos con Tríos más bien líricos. Pero no así en su Sinfonía Cósmica. Ahora el tempo es aún más rápido. Los demonios ahora vuelan. No hay tregua en este movimiento.

Desde el principio del Adagio estamos de nuevo en el mundo del primer movimiento. Poco después de que comienza llegamos a una gran explosión de la orquesta. Es una revelación que recuerda, en atmósfera, la sección en la Marcha Fúnebre de la Sinfonía Eroica de Beethoven que viene después de la fuga. La inmensidad del Cosmos se hace evidente. Y así como se hace evidente, se desvanece. El tema se “cae a pedazos” y desaparece en el silencio. Después de mucho andar, inclusive de una repetición de esta sección, llegaremos al clímax del movimiento acompañado de este mismo tema, ahora más terrible. El silencio ahora será súbito. Estaremos en presencia del abismo, ahí donde entregaremos nuestra vida, sin miedo y sin esperanza: sin esperar nada a cambio. En lo que resta del movimiento los temas una vez más se “caerán a pedazos”. La sinfonía, en la maravillosa forma “incompleta” que la conocemos, termina de la manera que tiene que culminar un enfrentamiento de un hombre libre con el Cosmos. Vivimos para hacer. Nuestro destino comienza en nuestro interior pero se realiza allá afuera. Cuenta sólo lo que hagamos.